

América en los libros

Insistencias, Rafael Gutiérrez Girardot, Ariel, Santa Fe de Bogotá. 1998, 341 pp.

Como ya prelude su índice, este trabajo reúne una generosa colección de abordajes críticos en torno a la empresa literaria iberoamericana. A pesar del orden del proyecto, no cabe resumirlo con la cita de una sola clave de lectura. Libros como el presente pueden incluirse en el género de la miscelánea, pues recuperan la memoria hemerográfica y suelen entremezclar ejercicios de distinta naturaleza y finalidad. En esa gama, las *Insistencias* de Gutiérrez Girardot también se gradúan, y el volumen yuxtapone aproximaciones y ensayos de muy diverso alcance. Una definición cómoda, general, es la que determina este recorrido literario que viene a echar luz sobre ciertos perfiles de la literatura hispana, sumándose al recuerdo el cuadro intelectual y político que contextualiza el campo de observación. Por otro lado, el ciclo enriquece la comprensión de la identidad latinoamericana, una clave esencial, plena de alcances utópicos y más claramente conformadora de un mito.

La edición está dividida en tres apartados. Los primeros aspectos presentados en *Insistencias* van

aclarando notas de interés literario: se recorre así la sugestión filosófica de Andrés Bello, la obra en prosa de Rubén Darío y el americanismo literario de José Enrique Rodó. Otros artículos de la misma sección apuran las implicaciones modernistas de Ramón López Velarde, el dandismo en José Asunción Silva y otros rastreos de indudable interés, centrados en las obras y personalidades de Jorge Guillén, Pablo Neruda y José Emilio Pacheco: Especial atención merecen los ensayos que Gutiérrez Girardot dedica a la teoría y praxis poéticas de César Vallejo y al desglose filosófico en Borges, de cuya escritura también resalta el juego encubridor, gozosamente paródico.

La segunda sección está integrada por cinco ensayos que asumen una interpretación política, literaria y sociológica de América Latina en su espacio común. No obstante, el autor nos sitúa ante una tierra étnicamente heterogénea, y por ello quiere hacer especial hincapié en el problema de su definición. Con ese anhelo por componer la identidad americana, queda abierto un camino metodológico sobre el rastro de José Luis Romero, Sarmiento, Bello y Martí. Las explicaciones siguen y son varios los puntos de asedio y desmitificación. En cualquier caso,

Gutiérrez Girardot efectúa una nueva vuelta de tuerca para reavivar las ambivalencias y contradicciones del ser continental.

Es interesante observar cómo se delata la vocación germanófila del ensayista, quien cierra el volumen con un serio aporte protagonizado por Hugo Ball, Carl Schmitt y Karl Kraus. De este modo, silueteado entre el nutrido repertorio hispanoamericano, un razonamiento universalista, ajeno a enclaustramientos, nos da la pauta final de la serie.

La orilla africana, Rodrigo Rey Rosa, Seix Barral, 1999, 157 pp.

Son conocidos los vínculos que unen a Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958) con Marruecos. Desde que se trasladó a Tánger en 1990, participó en las desproporciones de la vida local, estimulantes del pensamiento y la literatura. No es casual que asistiese al taller literario de Paul Bowles, acaso uno de sus principales maestros. Anoto dos citas de este juego entre escritores: la obra de Rey Rosa fue vertida al inglés por Bowles, y en correspondencia, el guatemalteco ejecutó la traducción de *La tierra caliente*, aquella novela negra, de ambiente tropical, donde Bowles quiso fijar el vuelo subterráneo, el presentimiento y los espejismos de la droga.

De la narrativa inicial de Rey Rosa lo más destacable fue reunido en dos volúmenes. El primero de ellos, *Cárcel de árboles/El salvador de buques* (1992), contiene dos *nouvelles* de estilo prometedor, cuyo argumento pretende un análisis de la violencia dictatorial a través de la ficción científica. De esa fecha es también *El cuchillo del mendigo/El agua quieta*, una serie de cuentos resuelta con sobriedad, emparentada por la crítica con cierta inspiración borgiana. Tiempo después, concibe otro memorable ejercicio sobre la barbarie en Latinoamérica, *El cojo bueno* (1996), despojado esta vez de atributos fantásticos.

Como anuncia el título, en *La orilla africana* el influjo del clima marroquí se adueña del relato con sufrida constancia. La acción gira en torno a la vida de un joven colombiano que se extravía en el laberinto tangerino, un laberinto cuyo sentido literal viene a simbolizar el equívoco progreso del protagonista en su peregrinaje por el Zoco de Fuera, la plaza de Faro, el Zoco Chico y otros espacios para el deseo. Un elocuente pormenor —el hallazgo de una lechuza— introduce nuevos cuadros en el drama, bifurcaciones de clemencia y perturbación; y así descubrimos a personajes como Mme. Choiseul o ese joven marroquí cuya presencia en la historia, invitando a más indagaciones, se esclarece con el vuelo

mismo de la lechuza. En el caudaloso raudal de Tánger –un dominio por explorar–, el novelista vislumbra una región íntima, sensual pero traicionera, donde nadie logra eximirse de pagar un precio por su origen. Tras la estela de sus anteriores novelas, Rey Rosa cultiva una prosa sensible, guiada sutilmente, resuelta con indudable brillantez, en la cual renuncia a la enormidad, el artificio y las vaguedades, lo cual es, sin duda, una virtud muy valiosa.

Y retiemble en sus centros la tierra, Gonzalo Celorio, Tusquets Editores, Barcelona, 1999, 220 pp.

Gonzalo Celorio (México D.F., 1948), catedrático de Literatura Iberoamericana en la UNAM desde 1974 y miembro de número de la Academia Mexicana, ha demostrado con creces una sólida formación literaria, así como la perspectiva más amplia del ensayista, concretada en obras como *El surrealismo y lo real maravilloso americano* (1976), *Tiempo cautivo. La catedral de México* (1979), *La épica sordina* (1990) y *México, ciudad de papel* (1997). Su primera novela, *Amor propio* (1992), acumulaba tres etapas de la adolescencia y juventud de Moncho Aguilar, personaje que incluía una encarnación generacio-

nal especialmente intensa, definida a través de una sucesión de fiestas. Como se verá, el episodio de aquella novela no queda lejos del planteado en la nueva narración de Celorio, pues también en ésta los recuerdos, escalonados en serie gradual, pueden repetirse o regenerarse en la romería de las cantinas y los patios.

Una de las mayores virtudes de *Y retiemble en sus centros la tierra*, título que reproduce un verso del himno mexicano, es el modo en que obtiene su fuerza y riqueza expresivas del desquiciamiento urbano. El Distrito Federal es en realidad el protagonista del relato, una ciudad que aumenta su tensión a fuerza de duplicarse, un museo de ideas gastadas, vencido por las inercias de la historia, cuya sombra es tan desoladora que no resulta fácil darle actitudes. Quien deambula por sus calles es el catedrático Juan Manuel Barrientos, aturdido por la juerga de la víspera. Se ha citado con sus alumnos de seminario para visitar los edificios coloniales, pero los jóvenes no acuden a la reunión, de modo que Barrientos resuelve completar el trayecto sin compañía, fiel a un criterio cantinero y también arquitectónico. El punto céntrico del viacrucis está, por consiguiente, en el ayer, poblado por la sombra paterna y también por una exclusiva pasión amorosa que apenas fue posible. Afloran de ese modo las

resonancias más deplorables, connotadas por la borrachera, a la sombra de la catedral, rumbo al gran festín de la araña.

La narración, muy vigorosa, extingue las opciones de sosiego con ferocidad. Vistos desde el ángulo del protagonista, los lugares sagrados de este peregrinaje refundan la historia para tipificar el gran vacío, los pasadizos que llevan al aniquilamiento. Esta lectura alegórica permite identificar la ceremonia bizarra de Barrientos, en su prefijado final, y la entraña de sombra que va gangrenando cada uno de los barrios en que suele desordenarse la capital.

Correspondencia (1939-1978), Victoria Ocampo / Roger Caillois, prólogo, selección y notas de Odile Felgine con la colaboración de Laura Ayerza de Castilho y Juan Álvarez Márquez, traducción y selección de Federico Villegas, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999, 360 pp.

Odile Felgine, obstinada en su propósito de completar el aporte documental emprendido con sus biografías de Roger Caillois (1991) y Victoria Ocampo (1992), se alió con la coautora de este último trabajo, Laura Ayerza de Castilho, para reunir la correspondencia que

cruzaron ambos personajes. El magnífico volumen, *Correspondance 1939-1978* (Éditions Stock, 1997), sugería no obstante dos correcciones indispensables, pues afeaban la lectura los errores en la transcripción de ciertos nombres y los descuidos en el aparato de notas. A la hora de presentar el texto en español, la Editorial Sudamericana ha resuelto imprimir una versión abreviada, pero debidamente corregida.

Desde que se conocen hacia 1939, en el Collège de Sociologie, los porvenires de Victoria y Roger quedan entrelazados en una amistad que cobra relieve y cuerpo en su epistolario, a tal extremo que la voz de uno se explica con el auxilio de la otra voz, y así se manifiesta el devenir compartido; gracias a Victoria, Roger Caillois viaja a la Argentina para realizar una gira de conferencias patrocinadas por *Sur*. Cuando se desata la Segunda Guerra Mundial, el escritor ha de permanecer en América del Sur hasta 1945. Su preocupación se adorna de nuevas dimensiones cuando el afecto que siente hacia su defensora adquiere los sucesivos síntomas del amor. De ahí que en sus cartas, la pareja interprete el sentimiento y su repercusión: la memoria del cortejo, el desasosiego, la deificación recíproca, las figuras inclasificables de su verdad. Baste con ver lo que escribe Roger cuando, en una de sus misivas, confirma la empiria de esta

pasión: «Usted es verdaderamente una salvaje. Incluso su dulzura es una dulzura de animal salvaje. Los animales que sacan las garras son siempre mucho más dulces que los otros». ¿La amaría él sin garras, carente de firmeza e iniciativa? Probablemente, no. En esa torsión, el móvil profundo de la amante se enmascara por momentos en una madre compasiva, moldeadora, nutricia, cuyo instinto apremiante conduce a un círculo vicioso: «Entre la fatiga de su rostro y la dureza de su corazón —comenta ella—, estoy perdida. Es esto lo que me hizo llorar ayer por la tarde. Es esto lo que me hace débil. Cuando usted se haya curado, yo estaré enferma».

En un período de mayor hostilidad, hacia 1941, el deterioro del pacto amoroso —el dominio frustrado— vuelve intolerable la tensión emocional: «Eres un farsante —afirma Victoria—. Pero no es para hablarte de esto que te escribo y hace mucho tiempo que he perdido las esperanzas en tu capacidad de ver claro dentro de ti mismo». Observando los matices de la pasión extinta, no sorprende en exceso descubrir cómo Victoria rompe el encuadre. De hecho, no sólo protege a Caillois en su matrimonio con la joven que acaba de tener una hija de él. También financia la revista de su antiguo amado, *Lettres Françaises*, e incluso resuelve alojar a la nueva pareja.

Sus diálogos epistolares canalizan, en última instancia, una serie de afinidades, una realidad complementaria que no desdeña el citado encadenamiento materno-filial, siempre interpretable. No es por un simple azar que Victoria sea la consejera de Roger en la nueva incertidumbre amorosa. Cuando pasa esto último —se divorcia en 1948—, Roger pide consejo a su protectora: «En un sentido estoy encantado de volver a ser libre, pero ella me deja libre en el momento en que me ha hecho perder el gusto por la libertad». Perdura, pues, la mitología privada de los inicios, ya corregida por los años, menos misteriosa y obsesiva pero no despojada de herencias. En 1955 se confirma la caída de Perón y Caillois escribe: «Me alegro contigo que la pesadilla haya llegado a su fin». En lo sucesivo, el epistolario será un ejercicio de reconocimiento, enriquecido de inesperadas revelaciones, conjeturas y desdichas. Una conversación que se acomoda al ocaso y procura organizarlo, incluso en los instantes más dolorosos, pues también el dolor es parte de la trama.

En suma, leídos a la distancia del tiempo, estos mensajes recuperan las circunstancias y las fechas hasta completar un esbozo de autorretrato, donde cumple descubrir un valioso y a veces desapacible panorama de la sociedad y de la vida literaria de su época.

Alivio de luto, Mario Delgado Aparain, Alfaguara, Buenos Aires, 1999, 243 pp.

Las asimetrías de un excéntrico sirven de argumento a esta novela que capta las posiciones fascinantes, y caricaturescas si se quiere, del pueblo de Mosquitos. Según se nos dice, el protagonista, Gregorio Esnal, es «un aficionado al conocimiento de los hechos inservibles de la historia universal y a las emisiones radiales de onda corta». Un hombre de ojos enrojecidos por la lectura, rechazado por muchos de sus vecinos y proclive a las empresas delirantes. Desde cualquier ángulo que se intente percibir la extravagancia del personaje, aparece siempre ese estado mental suyo, casi patológico, que se caracteriza por el trastorno de sus relaciones con los demás. Afortunadamente para él, este orden vital va a revolucionarse cuando Gregorio, este don nadie algo strafalario y borrachín, nunca lo bastante acosado, agote sus maneras de seducción como responsable de un curso de Historia de la Humanidad en la Casa Cultural de Mosquitos. Cosa curiosa: destacan entre sus primeros alumnos una docena de amas de casa, cuatro burócratas y tres poetisas solteras. Traduciendo el nuevo compromiso, va a ser precisamente ese alumnado tan insólito el primer motor del cambio: lo adormecido se

despierta y Gregorio encauza una inesperada subversión.

El hecho de examinar las frustraciones con ironía y llaneza caracteriza el quehacer narrativo del uruguayo Mario Delgado Aparain (Florida, 1949), docente, periodista y autor de la novela que comentamos. Con habilidad para el retrato en miniatura, ha sabido transmitir ternura por los personajes sencillos, ocupados en tejer y destejer su pequeña revancha frente a quienes imponen su dominio. En la hora de los imperativos y la pasividad consentida, cuando es clara la pauta social, los actores de esta comedia vienen a poner en tela de juicio ciertos convencionalismos, dignidades y aprensiones, cargados en la actualidad latinoamericana. En suma, nos hallamos ante una pieza de ágil lectura, ocurrente, trazada con ingenio y claridad expositiva.

Cabe inspeccionar las hechuras literarias del escritor en sus anteriores entregas: dos libros de cuentos, *Las llaves de Francia* (1981) y *Causa de buena muerte* (1982), y cuatro novelas, *Estado de gracia* (1983), *El día del cometa* (1985), *La balada de Johnny Sosa* (1987) y *Por mandato de madre* (1996).

Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda (1919-1928), Jorge Luis Borges, *Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Emecé, Barcelona, 1999, 373 pp.*

El paso de Borges por la vanguardia y sus asombros es una experiencia examinada por diversos analistas. Sobre el mismo decorado, lectores y críticos pueden revisar las pequeñeces del proceso en el epistolario que ahora se ofrece, compuesto por 71 cartas que documentan acerca de la formación literaria del escritor en su etapa juvenil: la del Borges veinteañero, canónicamente argentino e innovador, obstinado en la búsqueda de lo criollo, inventor de una biblioteca confortable desde la que va a inmortalizar cuanto desea y teme, conjeturando así las fuerzas que el mundo encierra. Si se quiere, hallaremos aquí al joven que persigue su inhallable identidad, al aspirante a literato que formula opiniones abruptas, propias de quien se permite definir la proclama del ultraísmo, dándose respuestas extremadas a las grandes preguntas de la literatura. Un escritor ambicioso que busca experimentar la contemporaneidad desde su peculiarismo argentino. (Es lo que trató de hacerle ver a César Fernández Moreno en 1967 cuando, en el curso de una entrevista, afirmó que posiblemente el valor del ultraísmo «fuera escaso; pero nuestro fervor, nuestro entusiasmo eran auténticos, y creo que el movi-

miento ultraísta sirvió como estímulo»).

En edición de Cristóbal Pera, esta correspondencia tiene una presencia crítica destacable gracias al prólogo de Joaquín Marco y a las notas de Carlos García. Quienes hayan repasado en alguna oportunidad la biografía de Borges conocerán la personalidad de los destinatarios de todo este correo: Maurice Abramowicz (1901-1981), compañero de *Georgie* en el Collège Calvin de Ginebra, y el poeta Jacobo Sureda (1901-1935), apasionado con su mismo tanteo. Como autor de cartas, Borges construye una juventud abocada a la escritura, y desde esta perspectiva desgrana la mayor parte de sus reflexiones. Así, revalidando el proyecto ultraísta, le dice a Sureda: «Mi posición actual ideológica la tienes –más o menos– en la Proclama de *Prisma* (...) Ya ves: el yo no existe, la vida es un bodrio de momentos descabalados, el Arte (concedámosle una mayúscula al pobre) debe ser impar y tener vida propia, lo autobiográfico hay que ahogarlo para mayor felicidad propia y ajena, etc... (¡Dos veces *propia* y *vida* en la frase anterior! Qué escándalo)». En este caso, hasta la advertencia final se corresponde con el descubrimiento de su propio lenguaje: una niebla de palabras y relaciones arquetípicas da sentido a esa ficción que viene a ser la vida. Borges (joven, inmodesto, variablemente sintentizado) es el primer

personaje de sí mismo y se ciñe a la empresa de sus corresponsales, que también son sus lectores y su espejo.

Más en el oficio, escribe líneas que reflejan el grado de madurez intelectual que ha podido obtener: «A veces pienso que es idiota tener esta ambición de ser un hacedor de frases más o menos mediocre. Pero ése es mi destino». Y sin perder ese dejo inicial, tan preciso, se suman dentro del epistolario los condimentos que, ya despojados de tentaciones porteñistas, realzarán su obra de madurez, sobrescrita, despreocupada por lo inmediato y llena de referencias a otras lecturas.

Fragmentos de amor furtivo, Héctor Abad Faciolince, Alfaguara, Santa Fé de Bogotá, 1999, 357 pp.

Periodista y traductor, el colombiano Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958) ejerce con diversa eficacia el relato breve (*Malos pensamientos*, 1991) y la novela (*Asuntos de un hidalgo disoluto*, 1994). Asimismo, disponemos de ese íntimo arsenal que es *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1997), una fórmula a caballo entre los géneros, más que útil para comprender la medida íntima del autor.

Ahora, con su imaginación abriendo paisajes más cálidos, Abad ofrece a los lectores una nueva entrega que dedica a las cualidades del furtivismo amoroso, transitorio, alternativamente paradisiáco e infernal. Y al penetrar en esta corriente de vida, da cuenta de las fases, censuras y formas del retozo, aun a riesgo de burlar las pautas y represiones de la pareja convencional.

Sobre ese fondo, vale decir que «cuando el amor furtivo no es furtivo, es decir cuando deja de ser algo escondido, cuando el episodio secreto más significativo se revela, adquiere un peso desmesurado». Estas líneas dan la temperatura del ambiente descrito en la novela, llena a la sazón de episodios que duplican la sombra de *Las mil y una noches* y el *Decamerón*. El autor parece conocer asimismo el recetario sentimental descrito por Roland Barthes en *Fragments d'un discours amoureux* (1977), si bien, obviamente, no llega a explorar todos los exilios, mutaciones y síntomas de aquel volumen. De ahí que asigne a la onda fluyente del discurso amoroso un devenir regulado, retrospectivo. Es posible, por consiguiente, que la narración acabe por parecerse a los papeles sueltos de una memoria erótica.

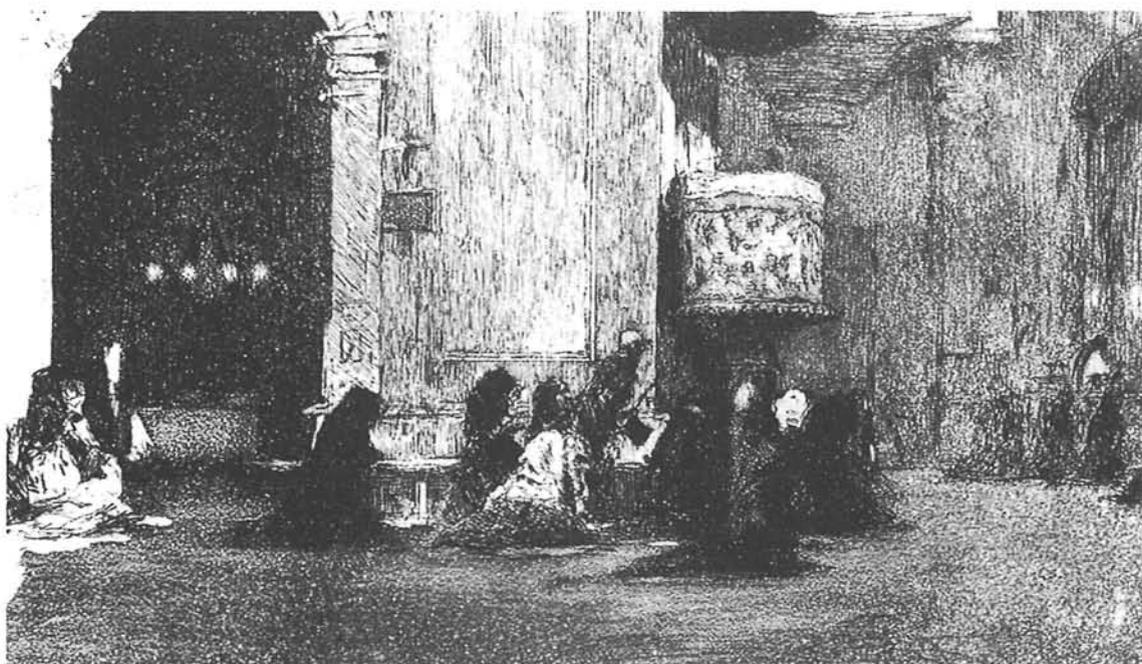
Rodrigo y Susana, los dos personajes que movilizan el relato, viven en Medellín, ensayando sus voluptuosidades en una fortaleza tibia, tranquila, en la cual se aíslan de un

entorno donde la muerte no suele llegar discreta y prefiere los disparos a la vejez. Prometiendo nuevas y cada vez más satisfactorias aventuras, Susana viaja en una dirección difícil. Pretende ser una nueva Scherezade que, como la hija del visir, cure a su modesto sultán de una catástrofe amorosa: la desconfianza en la mujer. Y cuando esa desconfianza pasa a lo genital, Susana recurre a una vieja terapia: verbalizar los episodios que han de animar el deseo de su compañero, a

la vez confidente y sujeto (celoso) de la escena.

Como dijo Barthes, el lenguaje es una piel: yo froto mi lenguaje contra el otro. Puesto a explorar la teoría, Abad Faciolince obtiene un desigual resultado a la hora de sublimar las piruetas del deseo en esta creación literaria donde se deslizan tanto el dispositivo de la sexualidad como su protocolo pasivo.

Guzmán Urrero Peña



Mariano Fortuny: *Iglesia de San José, en Madrid*